

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. DON FRANCISCO IZQUIERDO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JUSTO NAVARRO VELILLA

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 26 DE MAYO DE 2003

GRANADA

MMIII

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Imprime: La Gráfica S.C.And.- Granada
Depósito Legal: Gr-789/2003
I.S.B.N.: 84-933014-3-4

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON FRANCISCO IZQUIERDO

**El relato en la literatura granadina
del siglo XIX**

(Tradiciones, leyendas y cuadros de costumbres)

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos, Sres. Académicos,
Señoras y señores:

ANTE todo, una manifestación necesaria. De gratitud a los miembros de esta joven Academia, quienes, contra marea estatutaria, me escogieron para calentar el sillón H, letra que, en minúscula, es el vivo perfil de una silla. Muchas gracias por ello, aunque siempre constará como causa de mi elección el haber pertenecido a la Comisión Gestora que papeleó con la Junta de Andalucía para obtener el reconocimiento y aprobación de la Academia de Buenas Letras de Granada como Corporación de Derecho Público. Y, desde luego, no se estimará como razón del nombramiento mi larga actividad literaria, pues ya se sabe, no somos nadie y menos en cálamo corriente, es decir, currante. Tanto peor si bregas por libre, a tu aire, sin palios políticos y sin rendir parias a banderías militantes. Espero, sin embargo, que algún lector de trasmano y al cabo de cien años, tope con mis escritos y los saque de la tumba en la que fueron sepultados nada mas nacer. Tal cual y de inmediato haré con la disertación que he preparado para este acto.

Se intitula «EL RELATO EN LA LITERATURA GRANADINA DEL SIGLO XIX. Tradiciones, leyendas y cuadros de costumbres» Dice...

En un breve estudio sobre la novelística granadina de los siglos XVI al XIX, que hilvané va para doce años y leí en la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de

Córdoba, describía al panorama estéril de la narrativa local, sequerío imputado al desánimo del penibético ante el empeño de una obra literaria de empaque, capital, definitiva. Sin embargo, en ese yermo sin límites de la prosa fabuladora, aridez que llega hasta Pedro Antonio de Alarcón o, en todo caso y con nuevo páramo de por medio, hasta Francisco Ayala, yo señalaba tres arquetipos del género que causaron gran impacto en su época y originaron un patrimonio lamentable de impenitencia fantasiosa, desacato a la Historia y coña legendaria. Me refería a la *Guerra de Granada*, de Diego Hurtado de Mendoza, a *La verdadera historia del rey Don Rodrigo*, de Abulcacim Tarif Abentarique, o para mejor identificación, Miguel de Luna, y a la *Historia de los Vandos de los Zegríes y Abencerrages*, o Guerras Civiles de Granada, de Ginés Pérez de Hita, murciano con carta de vecindad granatense, tres obras que niegan la carencia imaginativa, la pereza escritora y la falta de ambición editorial, pues, junto al derroche quimérico de los autores, hay que advertir el raudal tipográfico de los impresos y su reedición consecutiva a lo largo de dos siglos. De las *Guerras Civiles*, con mas de mil seiscientas páginas cuajadas de romances, se hicieron sobre noventa ediciones en diversos idiomas y unas cincuenta sólo en el siglo XVII. Si al terno citado añadimos una cuarta obra, la *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reyno de Granada*, de Luis del Mármol Carvajal, otro granadino de época y excelente cronista, tenemos los iniciales tubos de ensayo donde se incubó el virus de la epopeya arábigo granadina, lastre tropológico tornado epidemia durante el siglo XIX. En centurias postreras, los escritores locales, aquejados de lleno por la avitaminosis inspiradora, exprimen la especie a conciencia. En el XVII, con arregosto por *la Historia de*

Abindarráez y la hermosa Jarifa, o por el *Osmín y Daraja*, de Mateo Alemán. En el XVIII descaradamente con efectos especiales de *moros y cristianos*, o séase, versos ripiosos, disparos de espingardas, tapetes de mesa de camilla convertidos en turbantes y albornoces, charangas de trompetas y tambores y vítores a Santiago Matamoros. Era el reto de la entelequia romanesca al funambulismo histórico, provocación ejercida por muchos poetas trabucados en narradores vergonzantes.

Ante ese aparato inventivo y ante las secuelas inherentes que ocasionaron un asombroso consumo de papel de tina, no se puede hablar de negación noveladora, de inexistencia de una rigurosa creación folletinesca, cuando esas obras tenían poco en común con lo que entendemos como relación histórica, o mejor, como refrito dramático de hechos reales. No deseo exagerar, pero la apariencia o la ficción de tales historias es sobradamente mayor que el precedente testimonial, y justo ese supuesto o ese fingimiento la afirman como legítima narrativa. Podría citar a numerosos escritores de los siglos XVII y XVIII, todos ellos granadinos y contaminados por la miasma legendaria, que acertaron en el remiendo de la fábula con retales del mejor cuño histórico.

El juego, sin la menor duda, era peligroso para el futuro de la novela granadina, tanto, que la corrupción surge en los inicios del siglo XIX. Y no cabe culpar del renacimiento infeccioso a los padrinos del romanticismo, entre ellos Víctor Hugo, con su *Hernani o el honor castellano*, y Jean Pierre Clarís de Florián, con su *Gonzalo de Córdoba*, que tradujo Nicasio Álvarez de Cienfuegos, para mayor éxito de la ino-

culación. A tales portadores del virus épico-paradójico, debemos añadir los tripanosomas somníferos que consiguieron la fama a base de dorar la píldora del éxtasis hético (con H), es decir, de la tisis soporífica. Y como narcotraficantes destacados estuvieron: François René de Chateaubriand, con el alijo denominado *Las aventuras del último Abencerraje*; José Espronceda y Mariano José de Larra, con sus respectivos matutes llamados *Sancho de Saldaña* y *El Doncel de don Enrique el Doliente*; y, para mas inri vecinal, Francisco Martínez de la Rosa, nuestro paisano, quien aporta, además del pasteleo líricomodorro del Aben Humeya o la rebelión de los moriscos, una desangelada novela que lleva por título Isabel de Solís, Reina de Granada. A dichas drogas duras, verdaderamente comatosas, tendríamos que sumar otros preparados contemporáneos de menor intensidad pero que mantienen la endemia activa a lo ancho del XIX. Baste citar los fármacos salidos de las plumas contumaces de Manuel Fernández y González, sevillano criado a los pechos de Granada, el cual enjaretó el paradigma mas poderoso de la especie, un tocho titulado *Los monfíes de las Alpujarras*, crónica peregrina donde, entre innumerables azares fabulosos, algún episodio histórico y una enorme pepitoria de intrigas y traiciones, pululan personajes exóticos, desde un tataranietao del dios Sol azteca hasta una cuadrilla de faranduleros italianos, incluidos fantasma femenino, salteadores con turbantes dedicados al tráfico de influencias islámicas, cristianos de dos bautizos infectados por la xenofobia y qué se yo de cachondeos varios. A propósito de este libraco a dos columnas con letra de piojillo, dice doña María de la Soledad Carrasco Urgoiti que Manuel Fernández y González «es el mas asiduo cultivador de los temas granadinos en el terreno

de la novela histórica y de las tradiciones, siendo difícil deslindar estos géneros en su obra, pues con frecuencia presentaba como tradiciones relatos fraguados por su fértil imaginación, en los que aparecen y desaparecen nombres famosos de la historia o la leyenda» y añade: «El novelista no tiene inconveniente en deformar con aberraciones la verdadera historia, aunque, por otra parte, demuestra poseer un caudal considerable de conocimientos y de haberse documentado en la *Guerra de Granada*, de Hurtado de Mendoza». He aquí la autoinfección que anunciábamos antes. Doña María Soledad Carrasco, a fin de rematar la extravagancia de Fernández y González, aduce la siguiente frase: En ocasiones introdujo los temas granadinos de la manera mas inverosímil, pues hasta don Juan Tenorio figura en su obra como ascendiente de Aben Humeya.

De la cuadra de Fernández y González, sin salir del hipódromo del Zacatín y con los mismos asparavanes de claro de luna y tisis galopante, fueron Ortega y Frías, Torcuato Tárrago, Emilia Serrano, baronesa de Wilson, Antonio Joaquín Afán de Ribera y Enriqueta Lozano Velázquez, Vílchez por débito conyugal. Y comienza el stock apabullante de zegríes y gomeles, de sultanes y princesas cautivas, de lindarajas y sorayas en el mirador, de suspiros del moro y de llantinas como mujer, de aljibes de la miel y de cuevas encantadas, de jofores y tesoros, de escaramuzas bajo el laurel y de batallas en la Vega; el nunca acabar de garambainas con marco incomparable y de tics arabescos en escayola legendaria. Son servidores de compañía, aunque sea con una sola obra, personajes tan destacados en el mundo de la cultura granadina como Francisco Javier Simonet, Leopoldo Éguilaz

Yanguas, Juan García Goyena, José de Castro y Serrano, Mariano Pina y una larga nómina de famosos entregados al divertimento inoculador.

Resulta que, para mayor promiscuidad, al romanticismo le surge un vecino de casta, pedestre y dicharachero, el costumbrismo. Aunque no de tan limpia estirpe, pues tiene, como padrastró al francés de Jouy, avalado en estos lares por Serafín Estábanez Calderón, malagueño cuasi granadino, y por Mesonero Romanos, promotores activos de los hábitos populares en que los patios y corrales pasan a ser campos de batalla; los vecinos, moros y cristianos en silla baja de anea, según lindes domésticas de los gremios, y las historietas pequeños argumentos de la crónica arrabalera. El desdén a la historia amancebado con los usos y los gestos del pueblo formarán una pareja estable, sentimental y macilenta, que vivirá casi todo el siglo XIX. Matrimonio engendrador de muy singulares hijos mestizos y, de común, enanos, pero por su escasa dimensión, no por baja mentalidad fabuladora. Es decir, deja de parir obras prolijas, en cantidades forrajeras, y echa al mundo de los lectores el relato corto en todas sus hechuras: cuento, leyenda, tradición, cuadro de costumbres, historieta y chilindrina humorística. Nace la narración de formato periodístico, que se dice ahora. Pues su crianza y desarrollo las asumen revistas y publicaciones semanarias, incluso gacetas y boletines de entidades oficiales y privadas. Y, a su vez, estos periódicos se benefician del gancho seductor atribuido a dichos contextos. A tal punto que, durante el XIX, se editan numerosas revistas de esa índole en Granada, entre ellos las hoy muy buscadas como *La Alhambra* en sus tres etapas, especialmente la de 1839 a 1842; *El Genil*, de 1842 a

1843; *El Abencerraje*, en 1844, y tantas otras de menos vitalidad. Ellas son los vehículos inaugurales de la narración breve de tema granadino o morisco, y muy particularmente del costumbrismo.

Servidor, sin escarbar demasiado, encontró una treintena de autores granadinos del XIX que hubieran escrito mas de diez relatos cortos y los dieron a la imprenta. Desde José Giménez Serrano, giennense arregostado en Granada, hasta Francisco de Paula Valladar, en ejercicio investigador hasta 1924, pasando por Antonio Joaquín Afán de Ribera, Pedro Antonio de Alarcón y los hermanos de la Rada y Delgado. Y, por supuesto, el inefable Manuel Fernández y González, citado anteriormente y del cual decían que las iniciales de su nombre, M.F.G., significaban, según unos, Maestro Fecundo y Genial y, según otros, Mentiras Frescas y Grandes. Don Manuel, asiduo a las tertulias gastronómico-literarias de *El Pellejo*, *El Recreo*, *Las Delicias* y *El Liceo*, fue acaso el *gran engendrador* de *morcillas* históricas que jamás diera a luz esta ciudad. Este que lo es, a ojo de buen cubero, contó hasta medio centenar de relatos cortos salidos del magán del sevillano transmutado en penibético. Matías Méndez Vellido escribió: «Difícilmente se hallará un escritor que mejor refleje el carácter y el espíritu nacional, porque siguió las gloriosas tradiciones y excluyó ingerencias extrañas» y sentencia «antes de Fernández y González no existió realmente la novela española contemporánea» Pero Juan Valera, a fin de poner las cosas en su sitio, afirmaba que el sargento González, lo fue del Regimiento Provincial, «jamás supo escribir una novela». Para evaluar su rebosante fantasía, *inculta y genial*, según Carmen de Burgos, Colombine, basta

recordar algunos títulos de sus leyendas y tradiciones, en donde se advierten aquellas premisas originadas por el virus de la epopeya arábigo granadina, y que Fernández y González marea hasta la saciedad para lograr un revoltijo en el que campan desafiantes el absurdo junto a lo testimonial, la coña cronística junto a la argucia retórica. Todo ello aliñado con situaciones melíficas y carantoñas embaucadoras, como amores imposibles, celos, traiciones y crímenes pasionales, revestidos con almalafas, chilabas, babuchas, ajorcas, almejjes traslúcidos y músicas celestiales de paraíso islámico, con sus huríes llenas de encantos. Además de algazaras, trabucazos, acometidas cuerpo a cuerpo, asaltos a fortalezas, etc., con sus correspondientes correrías a la jineta, la manera de montar de los xenetas, con equis, que adoptaron los cristianos, y huidas a matabalho por barrancos y peñascales serranos. Elijo, para demostración, algunos títulos de tradiciones y leyendas publicadas por el señor Fernández y González: *El ciprés de la Sultana*, *El reto de Tarfe*, *Zegríes y abencerrajes*, *La cámara de los leones*, *El suspiro del moro*, *Hernán Pérez del Pulgar*, *El alma de la cisterna o los aljibes de la Alhambra*, *la Puerta del Juicio*, *El mirador de Lindaraja*, *La Toma de Granada* y, de esta naturaleza, hasta el medio centenar.

Otro que le sigue en porcentaje de relatos, inficcionados por la misma bacteria, es José Joaquín Soler de la Fuente, granadino, militar y dramaturgo, cofrade de la «Cuerda Granadina» con el nombre de «El Abate» y colaborador en la *Revista Literaria Granadina* y en *El Eco de Occidente*. Prueba del mal hético que padeció, hético con su hache correspondiente, son los epígrafes de sus historietas. Un

poner, *La Torre de la Cautiva*, *La cerca de Don Gonzalo*, *El laurel de la Zubia*, *La Casa de las Gallinas*, *La cuesta del Rey Chico*, *La Torre de los Siete Suelos* y tantísimos más, en los que concurren Carlos Primero, Quinto con Iva, Cristóbal Colón, Hernando de Zafra, el Padre Piquiñote y San Sebastián. Con menos ímpetu narrativo que Fernández y González, supo, sin embargo, construir fábulas festoneadas por hechos auténticos.

El triplete de la generosidad cuentística lo completa Antonio Joaquín Afán de Ribera y González de Arévalo, llegando a rebasar con los rótulos de sus leyendas la extensión de su propio nombre y apellidos. También penibético, licenciado en derecho y letras, hermano de la *Cofradía del Avellano*, entelequia hidráulica inventada por Ganivet, colaboró en las revistas *La Alhambra* y *Gente Vieja* y en el periódico *El Defensor de Granada*. Publicó diez libros de leyendas, tradiciones, y cuentos granadinos, el primero en 1852 y el último en 1902, cincuenta años dándole a la tinta de hilvanar aventuras castizas y episodios heroicos de condición nasarí, también historias de duendes, muertosvivos y lugares encantados. Así, en amigable compañía encontramos a Soto de Rojas, al cadí Amet, al poeta Solimán, a Fátima la morisca, a Estrella la gitana, a la hija de Aldeborán, a la Virgen del Lavaero y al Padre Eterno, con su Hijo el Santo Cristo de las Azucenas. Afán de Ribera no se detenía en renglón de más o menos a la hora de tirar de la manta sobre cuentos de viejas o sobre gestas fantásticas. Y cuando no hallaba esa información popular, aplicaba material de propia cosecha y personal enjuandía, lo cual sucedía a menudo. Cierto que le echaba grajeo a cuanto relataba, incluso rellenaba con romances y

coplillas las prosaicas páginas, los chungueros capítulos. También colaba, de matute, comadreos, gatuperios contemporáneos, acabados de cocinar en el patio de vecinos o en reuniones de alto copete, pujo que le acarreó algún disgusto. Lo cierto es que, entre pitos y flautas, Afán de Ribera nos legó un arsenal de artículos, cuentos, tradiciones, leyendas y cuadros de antiguas y modernas costumbres granadinas.

Mas moderados en la colerina mental, aunque en el XIX los autores de relatos no padecieron estreñimiento, fueron José Giménez Serrano, autor de una de las primeras guías locales, *Manual del Artista y del Viajero en Granada* (1846), porque la primera guía turística de la ciudad, semejante a las actuales, la escribió Miguel Lafuente Alcántara, redactor de una muy apreciable *Historia de Granada, comprendiendo la de sus cuatro provincias: Almería, Jaén, Granada y Málaga, desde remotos tiempos a nuestros días*, obra excelentemente documentada, en cuatro tomos impresos de 1843 a 1846, uno por año, don Miguel, digo, también picó el anzuelo de la narración corta con destino a la prensa y, entre varias de las suyas, recordaremos *La peña de los enamorados*, supuesto drama acaecido en términos de Archidona, lo que es plausible, pues Miguel Lafuente Alcántara era archidonés. José Giménez Serrano, al que abandoné hace unas líneas, también contribuyó al repertorio del género narrativo que tratamos, pero, después de leer sus leyendas, se descubre un tufo a incienso demasiado llamativo. Su literatura es casi litúrgica, al menos exhala una rancia gazmoñería. Basta echar un vistazo a *El Sacristán del Albayzín, o la Virgen del Clavel*, a *El cuadro de la chanfaina*, a *Las tres feas* y a cualquiera de sus relatos.

Otro maestro del refrito fantasioso era Luis de Montes, prolífico escritor que se ayudaba con textos de autores contemporáneos, sin importarle un comino, hasta repetía los títulos de las obras ajenas. Asiduo a tertulias y liceos granadinos, comprometido con grupos intelectuales de la época, le sobraba tiempo para escribir sin pausa sobre eventos reales e irreales, eso sí, adobándolos con muy peculiar mayonesa quimérica. Como algunos de sus colegas de fatigas románticas, involucraba a personajes históricos con fulanos ficticios, de manera que Cristóbal Colón alternaba con el Alcalde de Otívar, Fernando de Válor, o Aben Humeya, con Sancho de Avilés, alcalde de Carmona, el pintor Juan de Sevilla con el a su vez pintor Pedro Atanasio de Bocanegra, y venga de cuento mítico. Pero, ea, dejó un buen racimo de historietas curiosas.

En el escuadrón de escritores romanticostumbristas granadinos del siglo XIX, los que se quedaron en la media distancia narradora, aparte de los ya citados, debemos destacar, a unos, por su condición intelectual universitaria; a otros, por su facundia pinturera en multitud de expresiones creativas, desde la musical a la plástica con aperitivos de poemas y prosas, haceres aprendidos en liceos, academias, cenáculos y tertulias culturales, incluidas sociedades patrióticas, religiosas y benéficas. Traer toda la nómina a estos apuntes repentinos sería un acto de crueldad. Rescataré, para muestra, unos pocos nombres afamados entonces, incluso actualmente, como los de Juan de Dios Vico y Bravo, José de Castro y Serrano, José Acosta y Werter, Rafael Milán y Navarreta, Nicolás Peñalver y López, Aureliano Ruíz Torres, Nicolás Paso y Delgado, Matías Méndez Vellido, Manuel de Góngora

Ayustante y, cómo no, Pedro Antonio de Alarcón. Y quedan en el tintero del limbo un centenar de cálamos en pena que, a nuestro parecer, merecerían el voto de gracias como narradores.

La insistencia en el relato corto plantea el dilema de si el autor granadino del XIX, efectivamente, sentía repugnancia a dejar correr la pluma hasta el remate de la novela como mandan los cánones, o séase, con todos sus capítulos y todas sus argucias, o se sujetó a la narración en formato periodístico por exigencia de los editores de revistas para pasto de lectores comunes. Carmen de Burgos certificaba que las historietas incluidas en la prensa periódica, junto con los novelones distribuidos en pliegos semanales, «mantuvieron la afición a la lectura en España». Manuel de Palacio, amigo que fuera de Fernández y González, ante la constancia de éste en sacar a luz interminables y farragosos folletines, en entregas sabatinas, aseguraba que «los leyentes del montón preferían los cuentos que publicaban las revistas y las gacetas porque comenzaban y acababan en tan solo seis páginas. La novela despachada por pliegos sueltos no terminaba nunca, encareciendo el bolsillo de los lectores». Y aducía como ejemplo el *Martín Gil*, novelón a granel de Fernández y González que apechó como editor el librero granadino José María Zamora. Pero eran tantos los cuadernos, tantos los personajes y tantos los embrollos que los compradores se aburrieron y el impresor-librero, temiendo la espantada del público, obligó a don Manuel a terminar la crónica, y don Manuel, ni corto ni perezoso, asesinó a los protagonistas en ocho páginas y eran más de doscientos. «No se continúa», puso como colofón.

Fuere lo que fuere, lo veraz es que el escritor granadino del XIX se decidió por la historieta corta, en sus hechuras de tradición, leyenda, cuento y cuadros de antiguas y modernas costumbres. En esa dimensión lacónica volcó todo su ingenio y toda su habilidad descriptiva, aunque raramente lograra una obrita redonda, perfecta, maestra, el cuento cabal que, según dicen, es mucho más difícil de plasmar que la novela. Y, en la exuberancia de relatos que venimos señalando no escasean los bien pensados, bien escritos y bien resueltos. Curiosamente se deben al caletre y mano ortográfica de autores de narraciones extensas, aunque la mayoría solo escribiera una sola novela. En el estudio que citaba al comienzo, donde daba una estimable lista de granadinos autores de una sola novela, se pueden identificar a varios que practicaron el destajo en el campo de las leyendas y las tradiciones. Y alguno, como Gago y Palomo, para mayor demostración funambulista, ofreció por entregas, durante dos años en la revista *La Alhambra*, la fundada y dirigida por Francisco de Paula Valladar, una sarta de lances y peripecias fabulosas bajo la rúbrica genérica de novela. Otros, vergonzantemente inclinados a las escenas costumbristas, sacaron pecho con el novelón de dos tomos y dos lomos, el caso de Ángel Ganivet con *La conquista del Reino de Maya* y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Afortunadamente no se prodigaron estas fatigas narrativas, lo que benefició a los cuentistas, pues realmente imperaron en el siglo XIX como únicos señores de la literatura de ficción. Y a ellos debemos que Granada no resultara ajena al cultivo de las buenas letras; al menos, a la república de las letras.

A dichos republicanos, al conjunto de todos los escritores locales dedicados en alma y p ndola a emborronar el papel de barba con grafías inglesas en tinta sepia, dedico esta memoria, que merecen, y los nombro, con permiso de mis compañeros, académicos correspondientes en el seno de Abrah m.

FRANCISCO IZQUIERDO

(Granada, 1927)

Escritor, editor y pintor, cursó estudios de magisterio y psicología. Expresidente de la Real Academia de Bellas Artes de Granada, vicepresidente del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino y cofundador de la Academia de Buenas Letras de Granada, ha publicado libros de narrativa, ensayo y divulgación, entre ellos «Las bestias y otros ejemplos» (Ed. Azur, 1967, Madrid); «El apócrifo de la Alpujarra Alta» (Ed. Azur, 1969, Madrid); «Fiesta de cuerpo presente» (Ed. Padre Suárez, 1970, Granada); «Demontres, diantres y cachidiablos» (Ed. Azur, 1974, Madrid); «El rumor del dies irae» (Ed. BEA, 1983, Sevilla); «Crónicas del buen trote» (Ed. El Observatorio, 1986, Madrid); «Campo raso», (Ed. Ubago, 1991, Granada) y «Granada fingida» (Ed. Diputación, 2002, Granada). También ha publicado «Grabadores granadinos. Del s. XVI al XIX» (Ed. Marsiega, 1975, Madrid); «Guía de las guías de Granada» (Bibliografía, Ed. Marsiega, 1976, Madrid); «Apografía y plagio en el grabado de tema granadino» (Ed. Junta de Andalucía, 1982, Sevilla); «Guía secreta de Granada» (Ed. Alborak, 1977, Madrid); y «Guía de Granada» (Ed. El País-Aguilar, tres ediciones de 1991 a 1996, Madrid). Obtuvo el Premio «Familia española», relatos. (1969, Madrid); el «Ateneo de Sevilla. I Concurso Internacional de Cuentos» (1970, Sevilla); el «García Pavón», de narrativa, (1973, Tomelloso, Ciudad Real); los «Puerta de Plata» de 1982 y 1983 (Madrid); el «Blanco White», de narrativa (1983,

Sevilla); el «Aljarafe», de novela (1983, Sevilla), el Nacional de Periodismo «González Ruíz» (1981, Madrid), etc.

Como editor, tomó parte en la creación de la revista «Linares» (1951); de las granadinas «Norma», «Forma» y «Diálogo» (1951 a 1953); de las nacionales «Film Ideal» (1956); «Cinestudio» (1962); «Alameda» (1963); «Hogar 2000» (1966), y el semanario «Vida Nueva» (1956, Madrid), que aún se edita. Cofundador de la Editorial PPC (1954, Madrid), de la «Gran Enciclopedia de Andalucía» (1979) y de «Azur-Izquierdo» (1966, Madrid); «Biblioteca General del Sur» (edición de la Caja General, Granada), que diseñó y dirigió de 1989 a 1992.

Fue redactor de diarios y revistas en Madrid y actualmente firma una columna semanal en «IDEAL» (Granada).

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JUSTO NAVARRO VELILLA

Señor Presidente,
Señoras y Señores Académicos,
Señoras y Señores:

GRACIAS a Francisco Izquierdo nos reunimos aquí. Porque hoy lo recibimos felizmente en la Academia de Buenas Letras de Granada y, sobre todo, porque esta Academia fue idea suya. Según resumió en su día nuestro Presidente, Arcadio Ortega, esta Academia de Buenas Letras nació “por iniciativa del entonces Presidente de la Real Academia de Bellas Artes Nuestra Señora de las Angustias de Granada, Francisco Izquierdo Martínez, propuesta en discurso pronunciado por él ante el Pleno del Instituto de Academias de Andalucía, en mayo del 92”. Arcadio Ortega señaló también en el discurso inaugural de esta Academia cómo Francisco Izquierdo “aunó voluntades con la recordada Elena Martín Vivaldi, Rafael Guillén García, Antonio Sánchez Trigueros, Manuel Villar Raso, Antonio Carvajal Milena y Luis García Montero... constituyéndose los siete en Comisión Gestora, iniciando los trámites preceptivos, que duraron siete años, y recibiendo el fruto de su dedicación en el Decreto 198/2001, de 4 de septiembre, de la Consejería de Educación y Ciencia de la Junta de Andalucía, por el que se crea la Academia de Buenas Letras de Granada”.

Así que, podríamos decir, nuestra Academia es una creación más de Francisco Izquierdo, creador incesante. Yo entiendo que una academia es el lugar de una conversación

libre, y citaría a aquel filósofo que definía la conversación como estímulo recíproco a la producción de ideas, como una especie de construcción artística. No caeré en la impertinencia de repetir la dilatada y espléndida nómina de obras de Francisco Izquierdo. Me limitaré a apuntar que, a mi juicio, su trabajo multiforme responde a una intención única: nuestro autor ha visto siempre toda obra de arte como una conversación culta y divertida entre iguales, una fiesta entre amigos. Francisco Izquierdo es uno de esos autores excepcionales que procura a quienes se acercan a su obra alegría, o felicidad, digámoslo como prefiramos.

Y su obra es literaria, pero también plástica. Francisco Izquierdo practica todas las artes, o considera que todas son una, una sola actividad, pintura y literatura, la edición de libros, el cine y el periodismo, un único hacer. Así el arte, en general, se constituye en arte de vivir: como si ser consistiera en ser arte. El arte es una actitud ante el mundo, un estado de atención generosa, una especie de enamoramiento de la realidad. Las obras plásticas o literarias son acontecimientos u ocasiones para alegrar la vida con el conocimiento de las cosas. Las Buenas Letras y las Bellas Artes coinciden en la obra de Francisco Izquierdo, unidas en la adivinación del mundo. Tiene nuestro autor el don de las imágenes y la gracia del lenguaje: al gusto pictórico por las palabras, a las que maneja con plasticidad y versatilidad como si fueran pigmentos, aglutinantes y disolventes, le añade el uso de estrategias literarias en la pintura. Es un explorador de las fronteras de la percepción artística, y para la leyenda ha quedado que una vez convirtió en película de animación un redoble del baterista de jazz Gene

Krupa por el procedimiento de pintar con esmaltes fotograma a fotograma.

Francisco Izquierdo propone inteligencia y alegría contra la seriedad cretina. Ha descubierto un lugar mítico, Granada, y ha trazado su mapa con buril y pincel, cámara fotográfica, palabras fabulosas. Pero, así como pinta libros y escribe pinturas, sus fábulas son libros de viajes, y sus generosas e ingeniosísimas instrucciones para viajeros son fábulas extraordinarias: ha revelado como nadie los secretos del laberinto granadino. Y lo ha hecho con humor, esa virtud que nunca sobra y que jamás agradeceremos lo suficiente. Así se ha acercado en su discurso de hoy, *El relato en la literatura granadina del siglo XIX*, a ese costumbrismo ventilado con suspiros del moro que quizá todavía sea más presente que pasado, con sus “aventuras castizas y episodios heroicos de condición nasarí”, como nos ha dicho Francisco Izquierdo, para quien la erudición y la diversión son una única cosa, un motivo de goce. Magnánimamente les ha devuelto la vida al “escuadrón de escritores romanticostumbristas”, y ha inventado de paso una palabra -”romanticostumbristas”- como se halla un color nuevo en la mezcla de varios. Hoy, gracias otra vez a la generosidad de Francisco Izquierdo, recordamos a unos escritores que llegaron antes que otros a la meta de todos: el olvido.

Me cabe el honor y el placer de dar la bienvenida en nombre de mis compañeros académicos a Francisco Izquierdo, sillón H. Su obra excelente y abundante, inclasificable por única, nos invita a vivir en estado de creatividad, yendo por libre, al aire de uno mismo, como Francisco Izquierdo acaba de recordarnos. Nadie como él merece ser miembro de esta

Academia, que en lo sucesivo figurará en la relación de sus obras. Por eso, aunque por necesidades estatutarias nos haya avisado que se irá “con viento fresco”, su atmósfera preferida, yo le pediría, en mi nombre y en el de mis compañeros, que, en su futura condición de miembro supernumerario, siga precediéndonos y acompañándonos en la conversación estimulante y creadora que habrá de ser esta Academia de Buenas Letras.

Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 9 de Mayo del año 2003,
aniversario del nacimiento
de José Ortega y Gasset,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. Don José Carlos Rosales,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMIII